

UN HOMBRE DE DIOS EN LA UNIVERSIDAD

ALEJANDRO LLANO

Para la Universidad de Navarra, la Beatificación de Josemaría Escrivá de Balaguer no sólo constituye un motivo de gozo profundo: es sobre todo el refuerzo y la confirmación de nuestros ideales científicos, educativos y de servicio a la sociedad. Nuestro Fundador es nuestro fundamento: la referencia clave de nuestra identidad.

Esta Beatificación nos recuerda que Escrivá de Balaguer no fue sólo un hombre de pensamiento original y un gran universitario, sino también un sacerdote santo, un hombre de Dios. Lo más interesante es que en él ambas dimensiones –la intelectual y la espiritual– no están separadas, ni mucho menos contrapuestas. Él vivió con plenitud lo que no cesaba de proclamar: una unidad existencial sencilla y fuerte, en la que las diferentes dimensiones antropológicas adquieren relieve al referirse a Dios Nuestro Padre. Tal es la fuente de ese arrojo de la inteligencia que lleva al universitario radical a buscar la verdad más allá de las fronteras del saber adquirido.

Los que hemos tenido la fortuna de conocerle, nunca hemos visto a Josemaría Escrivá en la alternativa de tener que elegir entre la libertad y la fidelidad. La fe católica fue siempre para él iluminación y acicate, en modo alguno constrictión y barrera, porque sabía –y ahora, sin duda, lo ve– que la fe es vida liberada por Cristo, existencia redimida de la vanidad y de la dispersión.

Es esa fe confiada del que se sabe hijo de Dios la que lleva a Escrivá de Balaguer a enfrentarse audazmente con los desafíos más arduos de nuestro tiempo. "Donde está el peligro, allí surge también la salvación", había escrito Hölderlin. El trabajo, que amenazaba con convertir al hombre contemporáneo en un metabolismo unidimensional, se hace camino de santidad, ámbito de encuentro con Dios. Max Weber había anunciado que iban a proliferar en nuestro siglo hombres y mujeres que serían "especialistas sin alma, vividores sin corazón". Pero Escrivá enseñó el camino para unificar lo astillado, para reconciliar lo contrapuesto, para poner vida y corazón en los trabajos más sofisticados o más corrientes. Cuando parece que nos hallamos

ante una "razón sin esperanza", el Fundador de la Universidad de Navarra nos sigue convocando a la gran empresa intelectual de realizar una nueva síntesis de los saberes en la que Dios no siga siendo un extraño.

Tal densidad de inspiraciones ha hecho de nuestra Universidad un foco al que miran muchas otras de todo el mundo. Si la Universidad de Navarra ha tenido desde sus comienzos, y seguirá teniendo, una energía institucional extraordinaria es, antes que nada, porque la providencia de Dios quiso que este centro de estudios superiores fuera obra de un santo, en quien la sobreabundancia de carismas sobrenaturales encontró la respuesta heroicamente fiel de una vigorosa personalidad humana e intelectual.

Para muchos de nosotros, para mí también, el encuentro con el Fundador del Opus Dei supuso el abandono de la facilonería y el aburguesamiento, el compromiso con unos ideales de búsqueda de la verdad, de amor a la libertad y de defensa de la justicia, que se decantaron en una vocación universitaria profesada con apasionamiento. Y vinimos a la Universidad de Navarra, no como a un refugio de viejas costumbres, sino como a un nacedero de ideas innovadoras, cuya proyección habría de llegar a los más diversos ámbitos de la vida cultural y social. Fue un hombre santo quien nos hizo comprender que la misión última de la Universidad es la libre manifestación de los hijos de Dios.